

LA *Antorcha*
DE LA *Verdad*

El Coliseo

(La historia se encuentra en la página 7)

mayo - junio 2013
volumen 27, número 3

Este librito no es para la venta

Junta Directiva:

Eugenio Heisey
Duane Nisly
Marcos Yoder
Pablo Schrock
Noé Schrock
Antonio Valverde
Jesús Villegas
Sanford Yoder

Editor

Duane Nisly

Circulación

Randall Nisly

Cualquier correspondencia debe dirigirse a:

La Antorcha de la Verdad

Apartado Postal #15
Pital de San Carlos
Costa Rica, C. A.

Tel: (506) 2465-0017

Fax: (506) 2465-0018

plmantor@gmail.com

CONTENIDO

El coliseo	portada
Editorial	3
¿Civilizados o bárbaros?	4

Historia bíblica:

El niño Jesús en el templo	18
----------------------------------	----

Sección para padres

El llamado supremo	
Lección 4d	17

Receta

Chuleta al horno	23
------------------------	----

Sección para jóvenes

Un sacrificio que vale la pena	
Capítulo 16b	24

Sección para niños

Un tictac a la vez	30
Actividad para niños	34
Cristo Rey	contraportada

LA ANTORCHA DE LA VERDAD se publica bimestralmente por Publicadora La Merced, ubicada en Santa Rita de Río Cuarto, Costa Rica.

PUBLICADORA LA MERCED trabaja sin fines lucrativos para extender el evangelio, para propagar doctrina sana y bíblica de orientación anabaptista, y para presentar consejos para la vida cristiana práctica en América Latina.

Si desea hacer una donación, lo puede hacer por medio de un cheque en dólares estadounidenses a nombre de la **Asociación Servicios Cristianos Menonitas**, o por medio de una **transferencia internacional**: (Asociación Servicios Cristianos Menonitas, cuenta #15201347000014732 en dólares estadounidenses. SWIFT: BCRICRSJ y/o UNIVERSAL ID019339, Banco de Costa Rica. San José, Costa Rica, entre Av. central y segunda, calles cuatro y seis.)

Editorial

Estimado lector:

Poncio Pilato, el gobernante romano que condenó a Jesús a la muerte, hizo una pregunta que ha resonado a través de los siglos y todavía se repite: "¿Qué es la verdad?"

En estos días, un hermano de la junta directiva de nuestra casa de publicación nos habló de lo mismo. Nos amonestó sobre la importancia de publicar sobre la "verdad". Nos habló de siempre usar como base la verdad establecida por Dios, su Santa Palabra, en todo lo que publicamos.

Ahora, una vez más nos hacemos la pregunta: ¿qué es la verdad?

El hermano nos mostró la advertencia en Deuteronomio 13:1-3. Hay voces que vienen de profetas que no hablan la "verdad". Si no vienen de parte de Dios, no podemos estar seguros de que sean la "verdad". Si la Palabra de Dios no es la base para nuestra creencia, si ella no es la medida para toda palabra dicha y escrita, ninguna otra cosa será segura ni firme.

Después el hermano se refirió a la frase "así ha dicho Jehová", que se lee muchas veces en el libro de Jeremías. Lo que dice Jehová, lo que él declara, sí es la verdad. Es importante establecer en nuestra vida que la medida de la "verdad" es lo que Jehová ha establecido.

Jesús dijo: "Yo soy la Verdad...". Él es la fuente y la medida de la "verdad". Hoy día la gente utiliza mucho su inteligencia razonamiento para determinar una posición en cuanto a muchos temas. Para muchos, la verdad es tan flexible como una banda elástica. Se puede estirar, se puede acomodar, se puede ajustar, y se puede hacer con ella lo que al individuo más le convenga. La "verdad" ha llegado a ser lo que uno determina ser verdad en su propia mente.

Ayer salió en primera plana un artículo sobre los "matrimonios diversos" que hablaba de una "boda masiva" donde más de 150 parejas, entre ellas, parejas homosexuales y otras, se casaron en una conocida universidad de Costa Rica. Para algunos el evento significó un gran avance, aunque siguiendo la corriente de este mundo en su búsqueda de los derechos sociales y una nueva definición del "matrimonio". Sin embargo, ese evento levanta un mensaje contraria a lo que la Palabra de Dios establece como la verdad absoluta. Es, también, contraria a las leyes que Dios mismo estableció desde la creación. Aun si los expertos dicen, o los gobiernos aprueban, o todo el mundo acepta, la verdad de Dios no cambia. Dios no ha cambiado. Tampoco sus leyes han cambiado.

Estimado lector, nuestra meta es publicar verdad. A la vez, reconocemos que somos humanos con la capacidad de fallar y cometer errores. Es nuestro sincero deseo apegarnos siempre a la verdad, pero queremos abrirnos a usted, como lector, si en algo usted ve que nos hemos desviado de la verdad. Dios nos juzgará según su Palabra y no según los razonamientos humanos (Santiago 2:12; Apocalipsis "20:12-13").

Duane Nisly



¿Civilizados o bárbaros?



Por Sanford Yoder

En el último siglo hemos visto reportajes sorprendentes del paganismo en algunas partes de África, en algunas islas, y aun en ciertas tribus indígenas de América. “¡Qué lamentable!” decimos, refiriéndonos a su ignorancia, su pobreza, su falta de progreso, y sus costumbres anticuadas. “¡Qué vida más pecaminosa llevan con su desnudez, su música erótica, sus bailes sensuales, su perversión, y su condición atrasada!”

Nosotros pensamos: “¡Qué suerte la nuestra por haber nacido en un país civilizado! ¡Qué gran ventaja tenemos por vivir en una civilización avanzada,

educada, progresista, y cristiana! Tenemos que llevar nuestra civilización a esos desdichados para que ellos también disfruten de esta buena vida.”

Pero, ¿qué ha pasado con nuestra cultura civilizada y supuestamente cristiana? Ahora, aun en los pueblos más pequeños, se acepta abiertamente la desnudez. Muchas mujeres y niñas visten pantalón corto y minifaldas. Los hombres salen a la calle y a sus trabajos en pantaloneta y sin camisa. Ni hablar de las playas donde hombres y mujeres andan prácticamente desnudos.

Las modas de hoy son ridículas.

Hay cortes de pelo entre los jóvenes que son más desordenados que los de los antiguos bárbaros. Ninguno de los aborígenes de Australia se atrevería a llevar la ropa que algunos jóvenes usan hoy. Hay muchos de los que nosotros consideraríamos bárbaros que no acuchillarían las perneras de su pantalón nuevo de mezclilla (lona). Ningún pigmeo de África usaría gafas de sol en un día anublado.

Por todas partes se oye la música, el rock and roll, rap, reggae, y hasta música satánica. Hay música de rock y reggaetón que supuestamente es cristiana pero tienen los mismos ritmos sensuales que la música de Satanás. Extrañamente, esta música es muy semejante a la música tribal de África. Sin embargo, hoy en día es aceptada aun por padres supuestamente cristianos y de respeto

¿Somos civilizados o bárbaros?
¿Somos cristianos o paganos?

Hoy se ven, hasta en la calle, bailes osadamente indecentes y sensuales. Abunda el desenfreno sexual. Además, el alcoholismo y la drogadicción son predominantes en la sociedad. Muchos insisten en que la homosexualidad es una práctica normal y natural.

La violencia ha aumentado a niveles alarmantes. Las noticias hablan cada vez más de tiroteos, puñaladas,

homicidios, suicidios, y violencia doméstica.

¿Dónde está nuestro progreso? El progreso verdadero resulta en vidas más sanas, pureza moral, más justicia, menos violencia, y victoria sobre los vicios. Resultaría también en hogares estables y felices, matrimonios fieles, e hijos obedientes y preparados para servir a Dios y mejorar la sociedad.

¿Somos civilizados o bárbaros?
¿Somos cristianos o paganos? No se necesita mucha preparación, ni mucha inteligencia, para saber la respuesta. Hay una decadencia tremenda y rápida en nuestra sociedad.

Amado lector... ¿qué te ha pasado? ¿Has perdido el temor a Dios? ¿Te importa el rumbo en que vamos?

¿Cómo podemos sembrar las semillas de maldad a diario por Internet, la televisión, las películas, las fiestas, las cantinas, y las discotecas, y creer que vamos a cosechar la santidad, la justicia, la pureza, y la honradez? ¿Podrá ésto producir el progreso verdadero? ¿Producirá cristianos verdaderos?

¡Despiértate, padre! ¡Despiértate, madre! ¡Despiértate, pastor! ¡Despiértate, joven! ¿En qué camino estás? El Señor dice:

“Ancha es la puerta, y espacioso

el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella” (Mateo 7:13).

El que anda por ese camino espacioso, practicando lo malo, debe saber que le espera la perdición eterna. Experimentará los resultados de esas maldades en esta vida, y algo peor después de la muerte. El apóstol Pablo describe este tipo de vida así:

“En los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia, entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira,

lo mismo que los demás” (Efesios 2:2-3).

Amado lector, ¿te está llevando la corriente de este mundo a la perdición? Por el bien tuyo, el de tus hijos, y el de las generaciones venideras, haz algo. Tus decisiones hoy pueden cambiar el rumbo de tu propia vida, y el de otras personas.

La hora es tarde; el fin se acerca. Pero hoy todavía puedes arrepentirte, volver a Dios, y entregarte a Jesucristo. Puedes pedirle que dirija tu vida. Esto te llevará contra la corriente de este mundo; pero te llevará a una vida feliz ahora y a la vida eterna después.

¿Somos civilizados o bárbaros? ¿Cristianos o paganos? Dios lo sabe y tú lo sabes.



Respuestas: Actividad para niños

1. El papá le había dicho que cortar el césped sería la tarea de él.
2. Así no se crecería mucho y no sería muy grande la tarea.
3. Calculó que tendría que caminar 47 kilómetros al año.
4. El papá lo encontró dormido cuando debía haber estado trabajando.
5. Pensar en lo que caminaría durante un año.
6. Jerry pensó en el trabajo de todo el año en vez del trabajo de un día.
7. Le falta el ánimo.
8. No soportó el pensamiento de las oscilaciones que tendría que dar durante un año.
9. Para traer sabiduría al corazón.
10. un día a la vez.

Masacre para una fiesta en Roma

Fue un gran día festivo en Roma. Grandes multitudes de todas partes se apresuraban hacia un destino común. Un desfile interminable pasaba primero por el monte Capitolino, atravesaba el Foro, y pasaba delante del Templo de la Paz, y después por el arco de Tito y el palacio imperial. Su destino era el Coliseo, y allí la muchedumbre ingresaba por las innumerables puertas y se dispersaba por las graderías.

El Coliseo presentaba una escena de esplendidez y pompa. En la parte inferior se extendía la vasta arena¹ rodeada por las innumerables hileras de asientos que ascendían hasta alcanzar la parte alta del muro exterior. Este muro alcanzaba casi los cuarenta metros de altura. Ese inmenso espacio se hallaba atestado de personas de todas las edades y clases social. El espectáculo de aquel día estaba bien calculado para asombrar al espectador. Más de cincuenta mil personas se habían reunido, incitadas por una misma pasión: la pasión por ver sangre correr. Jamás se hallará un reflejo más triste de la civilización de la antigua Roma que los macabros espectáculos del Coliseo.

Entre los espectadores se hallaban guerreros que habían combatido en tierras lejanas, y que sabían de actos de valor. Sin embargo, las escenas de opresión que se realizaban ante sus ojos no incitaban en ellos ninguna repugnancia. Había allí presentes ciudadanos de la nobleza, filósofos, poetas, sacerdotes, y gobernadores. Pero en su rostro no se hallaba ni la más mínima expresión de indignación por la deshonra que aquellos actos traían sobre el imperio. Los aplausos histéricos de la nobleza y del populacho se volvían confusos en el desenfreno cruel. ¿Qué esperanza habría para Roma cuando el corazón del pueblo estaba entregado por completo a la crueldad y la brutal opresión?

Sobre un trono elevado y a la vista de todos, se hallaba el emperador Decio, rodeado de los hombres principales entre los romanos. Entre ellos

¹ sitio o lugar del combate o la lucha

radicaban oficiales de la guardia pretoriana. Éstos, con aire de expertos, comentaban sobre los actos de violencia. Sus carcajadas, su algarabía, y su vestimenta espléndida llamaban la atención de los demás espectadores.

Con varios espectáculos preliminares se había abierto el apetito de la muchedumbre, y ahora había llegado la hora de dar inicio a los combates. Primero se presentaron unos combates mano a mano. La mayoría de estos resultaron en víctimas mortales. El público respondió con distintos grados de interés según el valor y la destreza de los combatientes. El propósito de estos combates era aguzar el apetito de los espectadores y prepararlos para los eventos aun más sangrientos que vendrían.

Un hombre en particular se había ganado la admiración y el aplauso de la multitud. Se trataba de un africano grande y fuerte, oriundo de Mauritania. Tan grande era su habilidad como su fuerza. Manejaba la espada corta con una destreza admirable. Hasta el momento, el africano había matado a todos sus oponentes.

Ahora había llegado la hora de que el africano se midiera con un gladiador de Batavia, un hombre que lo igualaba tanto en fuerza como en estatura. Pero los separaba un contraste destacado. El africano era negro, del pelo rizado y con ojos brillantes. El bátavo era de tez blanca, cabello rubio, y penetrantes ojos grises. Era difícil saber cuál de los dos tenía mejores condiciones, pues ambos presentaban excelentes cualidades. Sin embargo, el primero ya había luchado por un rato, lo que le daba al de Batavia una leve ventaja.

La contienda empezó con gran vehemencia de parte de ambos. El bátavo lanzaba golpes tremendos que el africano lograba contener con destreza. Por su parte, el africano no lograba romper la defensa calculada y cuidadosa de su adversario, aunque peleaba con furia y agilidad.

Al fin, se escuchó un aviso. Se suspendió el combate y los gladiadores fueron retirados de la arena. Pero aquello no era un acto de compasión ni admiración del público. En realidad, no era más que una maniobra para procurar variar el espectáculo y satisfacer mejor al público romano. Todos sabían que los gladiadores regresarían a la arena.

En seguida, unos quinientos hombres saltaron a la arena. Todos estaban

armados con el típico gladio, o espada corta de la época. Al momento empezó el combate. No se trataba de un combate entre dos bandos, sino una contienda abierta en la que cada uno atacaba al que se encontrara. Ésas escenas eran las más sangrientas, y por tanto, las que más enloquecían a los espectadores. Este tipo de combate abierto mataba destruía a la mayor cantidad de personas en el menor tiempo. La confusión reinaba en la arena. Quinientos hombres fuertes en la flor de la vida, peleaban todos contra todos en una turba confusa. Había momentos en que todos se trenzaban en una sola masa. Luego se separaban violentamente, dejando un montón de muertos en el campo de combate. Ahora cada quién atacaba al que estuviera más cerca para luego correr y unirse en combate con otros. Finalmente, los que siguieran con vida volvían a enfrascarse en un combate masivo.

La intensidad de los combates iba menguando. Por fin, de los quinientos hombres, sólo quedaban cien, y éstos, agotados y heridos. De repente se oyó una vez más la señal, y dos hombres saltaron a la arena desde extremos opuestos y se lanzaron sobre los sobrevivientes. Se trataba del africano y el bátavo. Con vigor renovado por el descanso, se precipitaron sobre los miserables sobrevivientes que no tenían ni el espíritu para unirse, ni la fuerza para resistir. Todo se redujo a una carnicería. Los dos gigantes mataban a diestra y siniestra hasta que sólo ellos dos quedaron de pie en el campo de batalla. Los aplausos estruendosos de la multitud no se hicieron esperar.

Ahora los dos gigantes se atacaron entre sí, atrayendo la atención de los espectadores mientras los asistentes del Coliseo retiraban los cuerpos de los muertos y heridos. El combate se volvió tan intenso como antes. El africano se mostró ágil pero el bátavo era cauteloso. Al fin, el africano se lanzó en una embestida angustiosa. El bátavo detuvo la embestida y devolvió una estocada con la velocidad de un relámpago. El africano, sabiendo que su embestida había sido alocada, retrocedió rápidamente pero ya era demasiado tarde. El bátavo le había traspasado el brazo izquierdo con la espada. Cuando el africano cayó, un estruendo de salvaje regocijo se levantó

EL COLISEO

de entre los cincuenta mil espectadores. Pero aquello no era el final. Cuando el vencedor se acercó a su víctima, el personal del evento se lanzó de prisa para detenerlo y sacarlo de la arena. Sin embargo, los romanos bien sabían, como también lo sabía el herido, que aquel tampoco era un acto de misericordia. Solamente procuraban preservar al gladiador herido para una muerte segura más tarde.

—El de Batavia es un hábil luchador, Marcelo —un joven oficial en el grupo de altos funcionarios comentó a su compañero.

—Es cierto, Lúculo —respondió Marcelo—. Creo que nunca he visto a un gladiador tan diestro como éste. En verdad, los dos luchadores sobresalen de lo común.

—Pero allá adentro hay uno que es más diestro que cualquiera de estos dos.

—¡Ah! ¿Y quién será?

—El gladiador, Macer. Es el mejor que yo he visto.

—He escuchado de Macer. ¿Crees que lo saquen a la arena hoy?

—Yo entiendo que sí.

La breve conversación fue interrumpida por un rugido espeluznante que surgió del lugar donde encerraban a las fieras salvajes. Era un rugido estruendoso y salvaje, el que emiten las fieras cuando se encuentran en un estado extremo de hambre y furia.

Ahora los portones de hierro se abrían una vez más y un tigre salió a la arena. Era un tigre africano, recién traído de su tierra. Después de tres días encerrado y sin comer, la ira de la fiera había llegado a tal extremo que daba horror sólo verlo. El tigre agitaba la cola de un lado a otro y recorría la arena mirando a los espectadores con ojos sanguinarios. Pero pronto los ojos del gentío fueron atraídos a otro objeto. Del extremo opuesto arrojaron a un hombre a la arena. No llevaba ninguna armadura. Estaba casi desnudo como todos los gladiadores; no llevaba más que un taparrabo. En la mano llevaba la acostumbrada espada corta. Con paso firme avanzaba hacia el centro de la arena.

Todas las miradas se volvieron sobre el hombre. La muchedumbre de espectadores clamó a una: “¡Macer, Macer!”

El tigre no tardó en sentirlo y lanzó un salvaje rugido que infundía terror. Macer se detuvo y permaneció inmóvil. Con calma fijó los ojos en



la gran fiera que ahora agitaba la cola con más furia mientras avanzaba hacia él. Finalmente, el tigre se agazapó, calculó a su presa, y se lanzó. Macer estaba preparado.

Como un relámpago, evadió la fiera hacia la izquierda y justo cuando el tigre caía al suelo, le asestó una estocada directamente en el corazón. Fue un golpe fatal. El gran animal se estremeció y juntó todas sus fuerzas para emitir un rugido final que más pareció el grito de un ser humano. Luego quedó muerto sobre la arena.

El estruendo de los aplausos de la multitud llenó de nuevo todo el anfiteatro.

—¡Excelente! —exclamó Marcelo—. ¡Jamás he visto habilidad como la de Macer!

—Sin duda ha sido gladiador desde su juventud —respondió su amigo.

En seguida quitaron de la arena el cuerpo del tigre y de nuevo se oyó el chillido del gran portón que se abría. Esta vez salió un león. Se desplazó lentamente, fijándose en todos los alrededores como en actitud de sorpresa. Era el más grande de su especie, un verdadero gigante. Lo habían reservado por mucho tiempo en espera del adversario adecuado. Aquel león parecía capaz de enfrentar a dos tigres del tamaño del que le había precedido. Macer parecía un niño frente al gran monstruo.



El león también había sufrido un ayuno prolongado, pero no mostraba la misma furia que había mostrado el tigre. Atravesó la arena de lado a lado y dio la vuelta corriendo, como buscando una salida. Al verse encerrado, se dirigió hacia el centro de la arena, bajó la enorme cabeza al suelo, y rugió de manera tan profunda, fuerte, y prolongada que hasta las piedras del coliseo vibraron.

Macer se quedó inmóvil. Ni un solo músculo del rostro se movía. Con una expresión vigilante, mantenía la cabeza erguida y la espada lista. En seguida, el león lo volvió a ver. El hombre y el rey de la selva se miraron cara a cara. La mirada serena del hombre parecía llenar de furia la fiera. Con la cola en alto y eriza, el león retrocedió un poco y mientras agitaba su melena de un lado a otro, se agazapó para saltar.

La enorme multitud se paró y se quedó como hechizada. Aquella escena exigía todo su interés.

La gran fiera se lanzó hacia el hombre, pero el gladiador con su acostumbrada maniobra saltó hacia un lado mientras intentaba la estocada con la espada. Esta vez, sin embargo, la espada dio contra una costilla del animal y se le soltó de la mano. El león sufrió una herida leve, que no hizo otra cosa que enfurecerlo más.

Con todo eso, Macer no perdió la calma. Totalmente desarmado, se paró de frente a la gran fiera y esperó su ataque. Una y otra vez el león lanzó sus feroces ataques, pero cada vez el gladiador evadió los ataques con sus hábiles maniobras. Y cada vez se situaba más cerca de donde había caído su espada, hasta que por fin logró tomarla de nuevo. Ahora, con su arma en la mano, esperó el zarpazo final de la fiera. El león se lanzó como siempre, pero esta vez Macer acertó el blanco. La enorme

fiera cayó sobre la arena, contorsionándose por el dolor. Luego se levantó y corrió hacia el otro extremo de la arena, y con un tremendo rugido final se cayó muerto junto a las rejas del portón por donde había salido.

Sacaron de la arena a Macer y trajeron de nuevo al bátavo. Los romanos siempre exigían variedad. A éste le soltaron un pequeño tigre, al cual venció rápidamente. Después lo enfrentaron a un león. Se veía bastante feroz, pero no superaba el tamaño ordinario. Fácilmente se podía notar que el bátavo no igualaba a Macer. El león se lanzó sobre el hombre, y éste logró herirlo. Pero en el segundo ataque, el león cayó sobre su oponente y en instantes lo había despedazado. Una vez más trajeron a Macer, y éste acabó con la fiera con facilidad.

Esta vez, mientras Macer recibía los interminables aplausos de la multitud, un hombre fue introducido por el lado opuesto de la arena. Era el africano. El brazo herido ni siquiera había sido vendado. Colgaba inútil a su lado y totalmente cubierto de sangre. El africano se dirigió hacia Macer con pasos llenos de angustia. Los romanos sabían que lo habían sacado únicamente para que Macer lo matara. El desventurado africano también lo sabía, pues al acercarse a su adversario, dejó caer la espada y clamó con desesperación:

—¡Mátame pronto! ¡Líbrame de este gran dolor!

Los espectadores se quedaron totalmente mudos al ver que Macer retrocedía y tiraba su espada al suelo. Se asombraron aun más cuando Macer volvió hacia el emperador y levantando las manos, exclamó a gran voz:

—Emperador, yo soy cristiano. Estoy dispuesto a luchar contra las fieras, pero jamás levantaré la mano contra mis semejantes. Yo estoy dispuesto a morir, pero no puedo matar a un ser humano.

Un murmullo recorrió la multitud al escuchar esas palabras.

—¿Qué dice? —preguntó Marcelo—. ¿Cristiano? ¿Cuándo se hizo cristiano?

—Yo supe que algunos de ese grupo de miserables cristianos lo visitaron cuando estuvo en la cárcel —respondió Lúculo—. Ese grupo se compone de

la escoria de la humanidad. Es probable que se haya hecho cristiano también.

—¿Y ahora él prefiere morir antes que pelear con otro hombre?

—Así son esos fanáticos.

La sorpresa de en la multitud en ese momento cambió a una ira salvaje. Les parecía sumamente indignante que un simple gladiador se atreviera a decepcionarlos, negándose a pelear. El personal del evento salió para intervenir con el fin de que la lucha siguiera. Si Macer rehusara pelear, tendría que sufrir las consecuencias.

Pero la firmeza del cristiano era incommovible. Completamente desarmado, avanzó hacia el africano a quien hubiera podido matar con sólo el golpe de su puño. La cara del africano se convirtió en la de un endemoniado. Sorpresa, regocijo, y un aire triunfante brillaron en los ojos siniestros. Agarrando su espada con firmeza, la hundió de un golpe en el corazón de Macer.

—Señor Jesús, recibe mi espíritu—. Estas palabras de Macer salieron junto con un torrente de sangre. Y así, aquel testigo de Cristo, humilde pero valiente, dejó esta vida para unirse con la gran multitud de mártires.

—¿Suceden a menudo tales acontecimientos? —preguntó Marcelo.

—Sí, muchas veces. Siempre que aparece un cristiano. Ellos hacen frente a cualquier cantidad de fieras. Hasta las jovencitas enfrentan con valentía a los leones y los tigres, pero ninguno de esos locos pelea contra una persona. Los espectadores están amargamente desilusionados con Macer. Él era el mejor de todos los gladiadores, pero al hacerse cristiano, cometió la peor de las necesidades.

Marcelo comentó pensativo:

—Pero esa religión debe de ser algo fascinante para que un gladiador pueda actuar de esa forma.

—Tú tendrás más oportunidades de saber de ellos.

—¿Y por qué dices eso?

—¿No has oído? Tú has sido comisionado para desenterrar a algunos

de esos cristianos. Algunos se han introducido en las catacumbas y hay que perseguirlos.

—Yo digo que ya agarraron suficientes. Esta mañana quemaron a unos cincuenta.

—Y la semana pasada decapitaron a cien. Pero eso no es nada. La ciudad está atestada de cristianos. El emperador ha determinado restaurar la religión antigua. Desde que aparecieron esos cristianos, parece que la religión antigua ha ido en declive. Él no quiere otra cosa que aniquilarlos. Son una maldición para el Imperio y tenemos que tratarlos como tal. Pronto comprenderás.

—Tengo muy poco tiempo de estar en Roma para entender todo eso —respondió Marcelo—. Y tanto es así que no comprendo lo que en verdad creen los cristianos. He oído decir que casi todo crimen que sucede se les atribuye a ellos. Sin embargo, si es como tú dices, pronto me voy a enterar del asunto.

En ese momento una nueva escena les llamó la atención.

Un anciano encorvado y canoso entró en la arena. Era de edad muy avanzada. Los espectadores lo recibieron con grandes gritos de burla aunque su apariencia noble era digna de admiración. En medio de las burlas, el anciano levantó las manos y empezó a hablar.

—¿Y quién es él? —preguntó Marcelo.

—Es Alejandro, un maestro abominable de la secta de los cristianos. Es un obstinado que se niega a retractarse....

—Silencio, él está hablando.

—Romanos, yo soy cristiano. Mi Dios dio su vida por mí y yo con todo gusto pongo mi vida por él.

Un estallido de gritos e imprecaciones salvajes de la multitud ahogaron la voz del anciano. Y antes de que aquello hubiera concluido, tres panteras aparecieron para devorarlo. El anciano cruzó los brazos y miró hacia el cielo mientras sus labios se movían como si estuviera orando. Las fieras cayeron sobre él mientras oraba y en cuestión de pocos

EL COLISEO

minutos lo habían despedazado.

Después dejaron entrar a otras fieras. Éstas corrían y saltaban dentro de la arena. Luego, se trezaron furiosamente, peleando unas contra otras. Era una escena espantosa.

En medio de esto, fue arrojado a la arena un grupo de indefensos reos. Se trataba principalmente de jovencitas, víctimas de las pasiones sanguinarias de la multitud de romanos enloquecidos. La escena fue tal que hubiera conmovido cualquier corazón. Pero la compasión no tenía cabida en Roma. Encogidas y temerosas, las jovencitas al principio mostraron la humana debilidad al enfrentarse con una muerte tan horrorosa. Pero después de unos momentos, su fe retomó fuerza y cobraron ánimo. Al ver que las fieras se les acercaban, las doncellas se tomaron de las manos y levantando los ojos al cielo, elevaron un canto solemne y glorioso que ascendía hacia las mansiones celestiales con bellísima dulzura:

*“Al que nos amó,
Al que nos lavó de nuestros pecados
con su sangre,
Al que nos ha hecho reyes y sacerdotes,
A Dios y al Padre,
A él sea gloria y dominio
Para siempre y siempre,
¡Aleluya! ¡Amén!”*

Una a una las voces fueron silenciadas, ahogadas con su propia sangre, agonía, y muerte. Uno por uno los gritos se confundían con los cantos de alabanza, y estas bellas almas, tan valientes ante el sufrimiento y fieles hasta la muerte, llevaron su canto hasta unirlo con el cántico de los redimidos en el cielo.

Tomado de: *El mártir de las catacumbas*



SECCIÓN PARA PADRES



El llamado supremo

Lección 4d La autoaceptación

Efesios 5:29

“Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia.”

Mateo 22:39

“Amarás a tu prójimo como a ti mismo.”

Observaciones:

Número 7 ~ Amarse a sí mismo es natural; amar a otros es “de Dios”.

No necesitamos que se nos enseñe a preocuparnos por nuestras necesidades personales; eso es natural. Cuando tenemos hambre, buscamos

(Sigue en la página 20)

HISTORIA BÍBLICA

EL NIÑO JESÚS EN EL TEMPLO

En los negocios de su Padre

La Biblia nos habla muy poco acerca de la niñez de Jesús. ¿Crees que él era bueno y obediente a sus padres? O ¿crees que se quejaba cuando tenía que trabajar?

María, la madre de Jesús, nunca olvidó lo que el ángel Gabriel le había dicho. Ella sabía que el conocimiento de la palabra de Dios haría de Jesús un hombre fuerte y sabio. Así que, ella comenzó a enseñarle la historia del pueblo de Dios. Él aprendió acerca de Adán y Eva, del arca de Noé, y de la fe de Abraham, de Isaac, y de Jacob. Le enseñó acerca de Moisés, a quien Dios dio los Diez Mandamientos. Él escuchó las historias de Gedeón, Josué, David, Daniel, y Elías. A Jesús le encantaba escuchar esas historias, así como les encanta a los niños de hoy día.

Un día María, José, y Jesús fueron a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Jesús ya tenía 12 años. Esta edad era significativa para los muchachos judíos porque ya eran considerados adultos.

Cuando llegaron al templo, Jesús vio a los negociantes que vendían ovejas a precios muy altos y palomas para los sacrificios. Los cambistas argumentaban. La gente adinerada echaba dinero en la caja de las ofrendas, tratando de hacer mucho ruido para que todos lo notaran. Los pobres eran desatendidos debido a su pobreza. Parecía que toda esta “adoración” era nada más una tradición vacía y un negocio. La gente no parecía entristecerse por sus pecados.

Cuando Jesús halló a algunos maestros en el templo, su corazón se llenó de gozo. Ahora podía hablar con ellos acerca de las Sagradas Escrituras.

Al cabo de siete días la fiesta terminó, y José y María emprendieron el viaje de regreso a casa. Al principio creyeron que Jesús estaba entre el gentío que viajaba con ellos. Pero después de buscarlo y no hallarlo, regresaron a Jerusalén. Lo buscaron por tres días. Al fin lo hallaron entre los maestros en el templo, haciendo preguntas y también contestándolas.

María le preguntó:

—¿Por qué nos causaste toda esta angustia?

Jesús le contestó:

—¿No saben que en los negocios de mi Padre me es necesario estar? —Éstas son las primeras palabras dichas por Jesús que tenemos en la Biblia.

En seguida, Jesús fue a su casa junto con sus padres y les fue obediente.

Lucas 2:39-52

HISTORIA BÍBLICA

EL NIÑO JESÚS EN EL TEMPLO

En los negocios de su Padre



El niño Jesús habla de las Escrituras con los maestros en el templo.

“En quien [Cristo] están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Colosenses 2:3).

1. ¿Por qué fueron Jesús y sus padres a Jerusalén?
2. ¿Dónde encontraron José y María a Jesús después de buscarlo tres días?
3. ¿Cuáles son las primeras palabras de Jesús escritas en la Biblia?

comida. Cuando tenemos frío, buscamos abrigo. Cuando tenemos miedo, buscamos protección. Cuando nos sentimos solos, buscamos compañerismo. No por eso es malo, pues es natural.

Lo malo es que nuestro ego puede ejercer el dominio, y la preocupación natural se convierte fácilmente en egoísmo. Nos afanamos por comida, abrigo, protección, compañerismo, y por otras necesidades de manera egocéntrica, y aun pisoteamos a los demás en el afán.

Las actitudes egoístas del hombre carnal varían según el carácter de la persona. Algunas personas que no son cristianas logran alcanzar un grado notable de generosidad.

En Cristo, se nos enseña a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Esto significa que debemos considerar las necesidades de otros con el mismo interés y preocupación con que velamos por las nuestras. Tal amor, escribe Juan, “es de Dios” (1 Juan 4:7). El amor de Dios se extiende a otros, no porque ellos lo merezcan, sino porque Dios es amor. Dios ve las necesidades del hombre (los deseos del hombre no siempre son necesidades), y acude en su ayuda para suplirlas. Él estuvo dispuesto aun a entregar a la muerte a su Hijo amado para suplir la mayor de nuestras necesidades.

El amor que les mostramos a otros debe ser semejante al amor de Dios por nosotros. No debemos limitarnos a amar a quienes consideramos merecerlo, sino que amaremos más a quienes más lo necesitan. Nuestro amor debe surgir del amor que Dios ha depositado en nosotros. Mostraremos compasión, incluso hasta el punto de sacrificarnos a nosotros mismos. Por medio de tal amor demostraremos el amor de Dios.

El que cultiva este amor divino se protege contra la autoestima negativa. Algunas veces los problemas familiares, los divorcios, las separaciones, y las experiencias negativas en iglesias problemáticas dejan profundas cicatrices en la vida de la persona. En tales casos, la autoestima sufre un golpe tremendo. Por doquier se ven el fracaso y el rechazo. El que no aprende a centrar la vida en Cristo, fácilmente se llena de amargura y resentimiento. Ante estos sentimientos de maltrato y confusión, la tarea de cultivar el amor es uno de los mejores tratamientos.

Para lograr tal amor, debemos negarnos a nosotros mismos y entregarnos en completa devoción a Cristo. Nuestro primer objetivo debe ser que Cristo viva en nuestro corazón. Luego nos dedicaremos a amar a otros. En vez de sumirnos en nuestros problemas, y pasar el tiempo preocupados por nuestras

necesidades, aprendemos a concentrarnos en suplir las necesidades de los demás. Tal actitud es un bálsamo. El amor cura. El mismo amor de Dios que se derrama en nosotros también emana de nosotros, y mientras el amor fluye hacia otros como un río, nosotros mismos encontramos sanidad.

Descubrimos que nuestro valor como personas no se basa en nuestra autoestima, sino en Cristo. Los demás nos llegan a apreciar por Aquel que vive en nosotros. A medida de que nuestra vida se centre en Cristo, nuestra autoestima tendrá la cordura apropiada.

❧ Preguntas de estudio ❧

1. Medite en lo que significan las palabras “sustentar” y “cuidar” (de Efesios 5:29). ¿Cómo describen estos términos la atención que les damos a nuestras necesidades?
2. Mencione algunas necesidades de las que nos preocupamos además de las ya mencionadas.
3. ¿Al suplir nuestras necesidades, de qué maneras se puede manifestar el egoísmo?
4. ¿Cómo muestra Dios su amor por nosotros? Mencione tantas maneras como pueda.
5. ¿Cómo se puede mostrar semejante amor a otras personas?
6. ¿Por qué es necesario comprender que “el amor es de Dios”?
7. ¿Cuáles límites al amor somos propensos a poner cuando amamos a otros?
8. ¿Cuáles situaciones dañan fácilmente nuestra autoestima?
9. ¿Cómo se relaciona el proceso de cultivar el amor para con otros con la sanidad de nuestra autoestima?

❧ Aplicaciones prácticas ❧

1. El hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios. ¿Cómo influye esto en nuestra manera de valorar a los demás?
2. ¿Cómo se promueve hoy día la teoría de nuestro “potencial oculto”? ¿Cuáles son las consecuencias?
3. Esta misma teoría constituye el fundamento de muchas prácticas y creencias de la Nueva Era. (La Nueva Era es un complejo de movimientos sociales y espirituales cuyo objetivo es mejorar al individuo y a la sociedad por medio del conocimiento espiritual no bíblico.) ¿Hasta qué punto es afectada la iglesia por estas ideas? ¿Cómo podemos protegernos contra ellas?

4. Después de que Dios renueva el corazón del hombre, ¿continúa el hombre luchando con un corazón engañoso? Considere los versículos bíblicos como Romanos 12:2; Efesios 1:17-19; 4:23; Colosenses 3:10; y 2 Corintios 4:4.
5. ¿Cómo llegan a tener los cristianos una autoestima demasiado elevada? ¿Cuáles pueden ser las consecuencias de un egocentrismo desmedido aun en el cristiano?
6. Si la tendencia del hombre es tener una autoestima demasiado elevada, ¿por qué hay tantas personas que luchan con una autoestima baja? (Piense: ¿Será que la autoestima baja es la otra cara de la misma moneda? ¿No son ambos un mismo problema que resulta de preocuparse excesivamente del ego?)
7. ¿Cuáles son algunas de las cosas que las personas procuran para elevar su autoestima que en realidad no son saludables?
8. ¿Cuáles son algunas de las desdichas que produce la vida egocéntrica? ¿Cuáles son las consecuencias de aprender ciertas tácticas para tratar estos problemas sin atacar la raíz que es el egocentrismo?
9. ¿Qué efectos observamos en la iglesia cuando las personas centran su atención en sí mismas y no en Cristo? (Es decir, cuando las personas son egocéntricas y malos seguidores de Cristo.)
10. ¿De qué manera se manifiesta la disconformidad cuando no aceptamos la forma en que Dios nos creó?
11. ¿Cómo puede el cristiano ayudar a sus hermanos cuando éstos están disconformes con la manera en que Dios los creó?
12. ¿Cuáles son algunas formas prácticas en que el cristiano puede mostrar amor para con los desagradables?
13. ¿Qué debe hacer el creyente cuando desea mostrar amor a alguien, pero no se siente capaz? ¿Cómo debe reaccionar el cristiano cuando intenta amar a alguien, pero el otro se niega a recibir su amor?

(continuará en el siguiente número)

—John Coblentz

Usado con permiso de:

Christian Light Publications, Inc.

Harrisonburg, Virginia, EE.UU.

Derechos reservados



Chuleta al horno

Ingredientes:

- | | | | |
|-----|-----------------------|-----|-----------------------------|
| 1/4 | taza de salsa de soya | 1 | cebolla |
| 2 | cucharadas de agua | 3/4 | taza de salsa de tomate |
| 8 | chuletas | 3 | cucharadas de azúcar moreno |
| 1 | taza de masa | 3 | cucharadas de vinagre |
| 2 | chucharadas de aceite | | |

Preparación:

En una cazuela grande ponga la salsa de soya y el agua. Remoje las chuletas a los dos lados en la mezcla de salsa de soya y agua. Corte la cebolla en rodajas o píquelas a su gusto y ponga sobre las chuletas. Mezcle los ingredientes restantes y échelos sobre las chuletas. Ponga el horno a 375 y hornee por 40 minutos.

Si gusta puede aprovechar el horno y envolver en papel de aluminio suficientes patatas enteras para su familia y ponerlas sueltas en la bandeja del horno. Sívalas junto con la carne, abriendo cada patata y poniéndole mantequilla o natilla y rociándole sal y pimienta o los condimentos que le gusten. ¡El caldo de la carne es deliciosa sobre las patatas!

Mientras hornea la carne y las patatas puede preparar una ensalada con capas de lechuga picada, zanahoria, y vainica picada y cocinada. Puede rociarle un poco de queso. Sirva la ensalada con mayonesa, o su aderezo favorito.

SECCIÓN PARA JÓVENES



UN SACRIFICIO QUE VALE LA PENA

El juicio

CAPÍTULO 16B

Los traslados constantes de una cárcel temporal a otra no fueron fáciles. Las cárceles casi siempre estaban atestadas y sucias. En una ocasión, me llevaron a una cárcel que tenía más de quince centímetros de mugre y suciedad viscosa sobre todo el piso. Los reos habían puesto las soperas boca abajo sobre el piso para caminar desde los camastros hasta el baño. Había enfermos que no dejaban de toser. Era un milagro que no termináramos todos enfermos y hasta muriéramos en aquellas condiciones horribles.

Sin embargo, no era la pésima comida ni la falta de condiciones sanitarias lo que más me molestaba. Era la conducta de los reos mismos. No había nada

demasiado sucio o perverso para ellos. Sus palabras, sus actitudes, y sus acciones eran extremadamente difíciles de soportar. Estábamos todos hacinados: asesinos, ladrones, incendiarios, y reos políticos. Los más rudos del grupo siempre estaban listos a imponerse sobre los demás.

Una noche, un hombre joven y fuerte fue arrojado dentro de nuestra celda. Era un hombre mal hablado que llenó nuestra celda de fanfarronería.

Esa noche, cuando me arrodillé para orar antes de subir a mi camastro, sentí que el nuevo interno me observaba. Cuando terminé de orar, él me observó mientras yo me acostaba. Luego caminó lentamente hacia mí. Con voz fuerte se burló de mí:

—¡Ajá! Así es que tenemos un santo aquí con nosotros. ¡Humm!.

Su voz tenía un tono siniestro que me causaba escalofríos.

Le hizo señas a otro joven para que se acercara y le dijo algo en voz baja.

Luego se volvió hacia mí de nuevo:

—¿Dónde escondes el oro?

—Yo no tengo oro —le contesté.

—¡Sí, ya lo creo! —se rio a carcajadas—. No creemos esa mentira. Tú eres un santo, y sabemos que no estás en la cárcel por nada. Estoy seguro de que te robabas el dinero de la iglesia.

Yo negué con la cabeza:

—No, no fue por robar que me metieron aquí. Estoy aquí por andar predicando de Dios.

—Sí, ¡cómo no!

Entre maldiciones, el hombre se me acercó de modo amenazador.

—Puedes decir lo que quieras. Nadie termina en la cárcel sólo por predicar de Dios. Nos estás ocultando la verdadera razón por la que te metieron aquí. ¡Yo sé cómo son ustedes los sacerdotes! Siempre se engordan con las ofrendas de la gente y luego se enriquecen.

Entonces entendí que él creía que yo era sacerdote ortodoxo.

—Yo no pertenezco a la Iglesia Ortodoxa. Yo soy un pastor y no recibo salario alguno por trabajar en la iglesia.

—Ya veremos si estás diciendo la verdad —dijo con jactancia—. Nos vas a decir dónde escondes tu dinero. Nosotros podemos registrarte bien hasta hallarlo.

Una vez más, les dije:

—Yo no tengo dinero aquí.

Ese joven fuerte agarró una toalla, la enrolló alrededor de mi cuello y empezó a retorcerla.

—¿Dónde está el dinero?

Yo sentí la presión contra mi garganta. “Señor, si es ésta la manera en que tendré que morir, permíteme morir. Te pido por mi esposa y mis niños...”

Mis pulmones gritaban, pidiendo aire. La presión contra la garganta era terrible. Me llevé las manos a la garganta, pero alguien me las golpeó para que las apartara.

Sentí que todo empezaba a oscurecerse. Luego, la oscuridad me envolvió y perdí el conocimiento.

Cuando recobré el conocimiento, mis pulmones desesperados se llenaban de aire. Jadeaba ruidosamente para inhalar bocanadas de aire. Pero los dos hombres todavía no habían terminado conmigo.

—¡Dinos dónde está el dinero! —me gritaban con enojo.

Yo negué con la cabeza otra vez.

—¡No tengo dinero! —les dije con una voz temblorosa y débil.

Una vez más, entre maldiciones y gritos, retorcieron la toalla hasta dejarme inconsciente.

Cuando recobré el conocimiento, todavía estaba tirado sobre la cama con la toalla alrededor del cuello. No había nadie cerca de mí. Miré hacia un lado y vi al grupo de hombres jugando a las cartas. Me senté y me froté el cuello.

—Aquí está su toalla —dije, y arrojé el instrumento de tortura hacia ellos.

Ellos me miraron, arrojaron un par de maldiciones, y continuaron con el juego.

Por lo visto, ellos me habían registrado cuando estaba inconsciente. En todo caso, no me volvieron a molestar aquella noche.

A la noche siguiente, el mismo grupo se me acercó.

—Hombre santo, ¿qué sabes hacer? ¿Puedes dirigir un culto aquí en la cárcel?

Los miré atentamente. ¿Se estaban burlando de mí?

—Sí, puedo cantar y orar aquí en la cárcel.

—Bueno, entonces demuéstranos lo que haces.

Los miré por entre las nubes de humo que llenaban el cuarto. *¿Cómo puedo*

dirigir algo en un ambiente tan lleno de humo?

Es común que los reos hagan “chifir” en la cárcel. Para ello, tienen que hervir el té negro hasta lograr una pasta tan concentrada que actúa como narcótico.

Para hervir el té, queman los calcetines, la ropa interior, o cualquier cosa que



Pasando lista de los reos

puedan agarrar. Como resultado, la celda se llena de un humo sofocante.

El líder les gritó a los otros:

—Apaguen los fuegos. Dejen de fumar. El santo nos va a hablar.

Cada ojo estaba

sobre mí. El líder los miró con furia mientras los hombres, uno por uno, iban apagando los fuegos.

—¡Quítense los sombreros! —gritó después—. Éste es un lugar santo porque aquí está un santo.

Yo empecé a hablar. Yo supuse que cada uno de ellos conocía la oración del Padre Nuestro, así que empecé a repararla línea por línea.

Me sorprendió que cada uno guardara silencio. Todos escucharon con respeto.

Les hablé de Dios y su amor por nosotros. Les conté de lo que Dios aborrece. De hecho les hablé hasta las diez de la noche cuando llegó la hora en que nos obligaban a guardar silencio y tuvimos que retirarnos a los camastros.

La próxima noche, me pidieron que siguiera hablando. Les hablé durante cuatro horas. Increíblemente, aquello continuó durante tres semanas. Yo comprendí que Dios me había abierto una puerta. Cada día, yo me preguntaba cómo podría hablar esa noche otra vez. Pero cada noche, el Espíritu fue fiel y me dio nuevos temas. Yo citaba los versículos que sabía y los utilizaba para introducir el tema del que quería hablar.

No todos me escucharon todas las noches. Algunos de los hombres perdieron interés y volvieron a sus juegos de cartas o se ocuparon de otras maneras, pero muchos sí prestaron atención. A veces yo empezaba un tema tarde

en la noche poco antes de la hora de acostarnos. Luego, cuando nos mandaban a la cama, yo les decía que continuaría con el tema al día siguiente. Eso servía para despertar la curiosidad de los hombres y mantener el interés.

Puesto que aquella era una cárcel temporal, constantemente salían reos y llegaban nuevos reos. Pero cada noche, el joven que me había torturado hacía que todos guardaran silencio y me daba un tiempo para que yo hablara. Cuando finalmente fui transportado a la siguiente cárcel, varios de los hombres me hablaron amablemente.

Cuando recuerdo la primera noche de aquel joven en nuestra celda, comprendo que la tortura que sufrí a manos de él no fue más que un pequeño sacrificio a cambio del privilegio de predicarles a aquellos impíos durante tres semanas. Mi oración era que de alguna manera la semilla sembrada llevara fruto.

* * * * *

En Kharkov, estuve en una cárcel llamada el Hotel del Cisne Blanco. No era ningún hotel. Sencillamente era otra cárcel. Le fue dado ese nombre con motivo de los Juegos Olímpicos celebrados en Moscú en 1980. Puesto que la cárcel estaba precisamente junto al ferrocarril y una carretera de importancia que muchos turistas extranjeros usarían para viajar hacia el norte, a todo edificio junto a esa vía le pintaron un nombre que impresionara a los visitantes. Yo me pregunto si los visitantes de verdad creyeran que había tantos hoteles en Rusia.

Me pregunto, también, si los visitantes volvieron a sus países con el reportaje de que todos los rusos gozaban de libertad de culto. A menudo recibíamos reportajes y cartas de personas que de alguna manera habían logrado visitar a nuestras iglesias y habían vistos por sí mismos nuestra situación difícil. Ellos nos enviaban recortes de periódicos en los que varios reporteros escribían con entusiasmo acerca de la libertad de culto que nosotros supuestamente disfrutábamos. Muy rara vez salía algo impreso que hablara de las verdaderas condiciones en que nos encontrábamos.

A la vez, yo sabía que había muchos cristianos bien informados en los países libres que trataban de hacerse escuchar delante de sus líderes. También recibíamos muchas cartas de ánimo de parte de creyentes que nos decían que estaban orando por nosotros. Su apoyo significaba mucho para nosotros.

En esas cárceles transitorias como el Hotel del Cisne Blanco, Dios me abrió muchas puertas para que yo testificara de mi fe. Yo siempre oraba y ayunaba el primer día en que llegaba a una nueva cárcel. Aunque me arrodillaba para orar, no era por motivo de llamar la atención. Sólo que siempre había orado de esa manera en mi hogar y quería seguir haciéndolo así. Además, yo quería comunicarles a los reos de inmediato que yo creía en Dios. Yo hubiera podido pasar desapercibido por medio de orar una vez acostado en mi cama, pero yo sentía que algo así debilitaría mi fe. Yo necesitaba ser un testimonio para mí mismo y para otros.

Dios me bendijo ricamente. Muchas veces se me abrieron las puertas para testificarles a los internos, y con gran gozo me encontraba con algunos que me contaban de otros hermanos con quienes habían estado en otras cárceles. Era así como yo me daba cuenta de que había otros hermanos todavía vivos, y que ellos también estaban dando a conocer su fe.

Dios me animó de muchas maneras. Muchas veces, cuando yo había pasado un día sumamente duro, alguien llegaba en la noche y empezaba a hacerme preguntas acerca de Dios. Cuando empezaba a hablarle, me olvidaba de mi propio desánimo y me concentraba en tratar de explicar el plan de Dios para los hombres.

Ahora, cuando miro hacia atrás, veo que esos tiempos fortalecieron grandemente mi fe. Una vez más, lo que el hombre ideó para mal, Dios lo había cambiado en algo bueno. Y en esa realidad yo encontraba descanso.

(continuará en el siguiente número)

—Harvey Yoder
Usado con permiso de:
TGS Internacional
Berlin, Ohio, EE.UU.
Derechos reservados



SECCIÓN PARA NIÑOS



Un tictac a la vez

Jerry estaba muy afligido. El papá le había mandado que fuera el responsable de cortar el césped. Ésa sería su parte en la tarea de mantener en orden el ambiente del hogar. El papá había dicho: “Si lo cortas dos veces a la semana para que no crezca mucho, no será tan difícil.”

—¡No será tan difícil! —gimió Jerry. Estaba medio sentado, medio inclinado en el césped. Apoyaba la cabeza en el cortacésped—. ¡No será tan difícil! Ya lo creo.

Con eso, Jerry comenzó a hacer unos cálculos de lo que costaría esta nueva tarea. Él era bueno para los números. “El área de este césped” dijo para sí, “tiene como 23 metros de largo y seis de ancho. Calculo que el corte que hace el cortacésped es de 30 centímetros de ancho. Eso significa

que tendré que caminar 460 metros cada vez que corto el césped. Dos veces a la semana serían 920 metros. Eso es casi un kilómetro.”

Con este pensamiento fatal, Jerry se inclinó más en el césped. Pero siguió haciendo cálculos.



“Eso sería 920 metros a la semana”, dijo para sí. “Son 47.840 metros al año. Un kilómetro son 1.000 metros. Así que, tendré que caminar más de 47 kilómetros.”

Eso ya era el colmo. La cabeza se le deslizó al suelo y él se acostó en el césped. Se hizo un ovillo y cayó en un sueño profundo bajo el sol caluroso.

Jerry estaba dormido cuando llegó el papá. Con una sola mirada comprendió la situación. Parecía que su plan nuevo no funcionaba muy bien.

—¡Hijo! —gritó con voz fuerte.

Jerry se despertó sobresaltado. Se puso de pie de un salto, un poco apenado.

”Y esto, ¿qué significa? ¿No has cortado nada todavía?”

—No. Comencé a hacer números. Me di cuenta de que si corto el césped dos veces a la semana durante un año, tendré que caminar más de 47 kilómetros. Parece que con sólo pensarlo, me dormí.

—¡Ja, ja! —se rio el papá—. ¡Qué cosas dices! Pero ésa no es la manera de pensar. Cualquiera que calcula el esfuerzo que hace durante un año no comienza nunca. Le falta el ánimo. Piensa en mí. Todas las mañanas me toca caminar casi dos kilómetros para tomar el autobús. Camino casi dos kilómetros de regreso en la tarde. Eso da un total de veinticuatro kilómetros a la semana. ¡Son 1.200 kilómetros al año! Si yo pensara en los 1.200 kilómetros, me daría por vencido en este momento. Estaría demasiado cansado como para seguir. Pero, si lo hago un día a la vez, no parece tan difícil. Tal vez hasta me ayuda a mantenerme en forma.

—¡Mil doscientos kilómetros! Yo no creía que caminara tanto al año.

—Pero sí lo hago. Pensemos en tu mamá. Todos los días ella hace cinco camas. Son 35 a la semana y 1.820 al año. El solo hecho de pensar en hacer 1.820 camas me agota totalmente.

“Además, a tu mamá le toca lavar a lo menos 150 artículos al día, contando los platos, vasos, y cubiertos. Da una suma de mil a la semana o 50.000 al año. ¡Imagínate eso, si quieres estar cansado! Añada 250 piezas de ropa que tiene que lavar a la semana. Son 12.500 al año. Sí, y 68 kilos de alimento que tiene que preparar a la semana. Son 3.400 al año. Es aterrador si vemos un año de un solo.

—Ya lo creo. Pensar en lavar 50.000 platos. Me muero; estoy seguro de que me muero —suspiro Jeffrey.

—Entienda, Jerry, que ésa no es la manera de pensar de la vida. A todos nos costaría demasiado. Tenemos que vivir un día a la vez. Así lo quiere Dios. Él dice: “Como tus días serán tus fuerzas” (Deuteronomio 33:25). Él no dice: “Como tus semanas”, ni “como tus meses”, sino “como tus días”.

“Creo —continuó diciendo el papá—, que todos podemos aprender

del cuento del péndulo de un reloj antiguo. Se dice que el péndulo comenzó un día a pensar. Hizo una suma de la cantidad de veces que ya había oscilado. Una vez por segundo, 60 oscilaciones al minuto, 3.600 a la hora, 86.400 al día, 31.536.000 al año. Cuando el péndulo había calculado esa suma, de pronto dejó de oscilar. Las personas se preguntaban por qué ya no funcionara el viejo reloj.

“Aun el péndulo debe dar una oscilación a la vez, sin pensar en más. Así debemos vivir nosotros. Minuto tras minuto, hora tras hora, día tras día, debemos hacer el mejor esfuerzo posible. De esa manera no parece tan dura la vida. Además, tendremos la fuerza para cada tarea que nos toca.

—Bueno —dijo Jerry—, me parece que debo olvidarme de los 47 kilómetros que tengo que caminar. Debo cortar el césped una vez hoy.

—¡Magnífico! Así es.

Dentro de un minuto se oyó el ronroneo de la máquina porque al fin Jerry había comenzado a cortar el césped.

—De *The Children's Hour with Uncle Arthur*, Book Three

—Review and Herald Publishing Association

—Traducido y usado con permiso



VERSÍCULO DE MEMORIA

“Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al



Actividad para niños

Contesta las preguntas.

1. ¿Por qué estaba abatido Jerry?

2. ¿Por qué debía cortar el césped dos veces a la semana?

3. ¿Por qué se durmió Jerry?

4. ¿Por qué Jerry estaba un poco apenado?

5. ¿Por qué Jerry no había comenzado a cortar el césped?

6. ¿Por qué dijo el papá: —No es ésa la manera de pensar?

7. ¿Por qué no comienza la tarea el que calcula el esfuerzo que pondrá durante un año?

8. ¿Por qué se detuvo el péndulo?

9. ¿Por qué debemos contar nuestros días?

Apunta el secreto de la vida:

La vida se debe vivir _____

(Las respuestas se encuentran en la página 6.)

Los que se preocupan por traer alegría a la vida de otros, encuentran alegría para su propia vida.

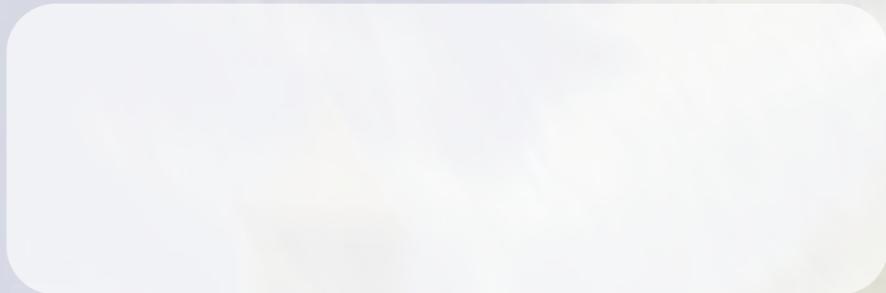
—J.M. Barrie



Si desea recibir *La Antorcha de la Verdad* bimestralmente, pídala a esta dirección:

—La Antorcha de la Verdad
Apartado #15, Pital de San Carlos, Costa Rica, C.A.

Si usted tiene alguna pregunta, o si necesita ayuda espiritual, estamos a sus órdenes. Puede consultar a una de estas direcciones:



Cristo Rey

*“Los hijos de Dios se gocen en su Rey”
(Salmo 149:2).*

*Los reinos del mundo crecen
con gran esplendidez.
Se levantan, prosperan, fenecen;
su curso nada es.*

*Un solo reino es divinal;
la iglesia triunfante;
un Siervo, su Rey; y su señal:
una cruz que levanta.*

—William McGrath
Versión española de María Juana de Mejía
Un Tesoro Bíblico
Usado con permiso



***“Tenemos ... la palabra ... a la cual hacéis
bien en estar atentos como a una antorcha
que alumbra en lugar oscuro...” (2 Pedro 1:19).***